

Roma, Nápoles y Florencia



Henri Beyle (Stendhal)
Roma, Nápoles y Florencia.

Valencia: Pre-textos, 1999
pp. 42-47 y 150-155

Texto reproducido con la autorización de la Editorial Pre-textos

Los libros de viajes por Italia tenían ya una larga tradición europea cuando Stendhal, seudónimo de Henri Beyle, publicó, en 1817, la primera versión de *Roma, Nápoles y Florencia*, un título que se distancia abiertamente de la típica guía para turistas o lectores en casa. Con Beyle, el supuesto viaje por Italia es completamente ficticio: ni las fechas se corresponden por lo general con su biografía conocida ni parece que hubiera visitado realmente algunos de los lugares que menciona. Pero todo es coherente con la naturaleza del libro, con un viaje de Stendhal al pasado, a la gloriosa Edad Media italiana que él admira intensamente, a su propio pasado de juventud en Italia. Un viaje, en suma, en busca de una felicidad perdida y que sólo podrá recuperar escribiendo, inventando.

Los fragmentos que hemos seleccionado corresponden a los relatos sobre la arquitectura de Milán y el concepto de lo bello en Italia, las descripciones imaginarias de Bolonia y los comentarios sobre la noble Florencia... Con ellos el lector podrá sucumbir ante el síndrome de Stendhal, hacerse una idea de esa saturación de belleza, de arte y de estética que el turista se lleva a casa tras un viaje por Italia.

27 de octubre de 1816.- La Sra. Marini me ha conseguido una entrada para el baile que dan esta noche los comerciantes en su *casino* de San Paolo. Ha sido difícilísimo. Con mi entrada, y hablando milanés *cerrado*, acabo de conseguir que el portero me deje ver el local. El aire de sencillez que hay que adoptar aquí y mi calidad de francés han hecho más que la *mancia* (el aguinaldo).

Los ricos comerciantes de Milán, cuya cordura tranquila y su lujo hecho todo de comodidades reales y sin fasto alguno me recuerdan el carácter holandés, se reunieron en número de cuatrocientos para comprar a muy buen precio, en la calle San Paolo, lo que se llama aquí un *palazzo*. Es una gran mansión, construida en piedra que al tiempo ha ennegrecido. La fachada no es un muro plano, como la de las casas de París. Hay un orden etrusco en la planta de la calle, y en el primer piso pilastras. Es uno poco como lo que llaman en París el *palacio* de la Cámara de los Pares. Al *raspar* el palacio de esta Cámara, se le ha sustraído a la arquitectura todo el encanto de los recuerdos, cosa que es inteligente para una Cámara aristocrática. Si a los comerciantes de Milán se les hubiera pasado por la cabeza hacerle semejante ultraje a su *casino* de San Paolo, los zapateros y los carpinteros que tienen sus tiendas en esta calle, una de las más concurridas de la ciudad, se habrían choteado de ellos.

Hay aquí una comisión *di ornato* (del ornato); cuatro o cinco ciudadanos señalados por su amor por las bellas artes y dos arquitectos componen esta comisión, que ejerce sus funciones gratuitamente. Cada vez que un propietario toca el mundo frontal de su casa, está obligado a comunicar su plan a la municipalidad, que lo transmite a la comisión *di ornato*. Ésta da su opinión. Si el propietario quiere ejecutar algo feo en demasía¹, los miembros de la comisión *di ornato*, gente de consideración, se burlan de él en las conversaciones. En este pueblo nacido para lo bello, y donde por lo demás hablar de política es peligroso o desesperante, se ocupan un mes seguido del grado de belleza de la fachada de una casa nueva. Las costumbres morales de Milán son completamente republicanas, y la Italia de hoy no es más que una continuación de la Edad Media. Tener una casa bonita en la ciudad da más consideración que millones en la cartera. Si la casa se destaca por su belleza, toma inmediatamente el nombre de su propietario. Así se os dice: los tribunales están en la calle, en la *casa Clerici*.

Construirse una casa bonita confiere en Milán la verdadera nobleza. Desde Felipe II, aquí se ha mirado siempre al gobierno como a un ser malhechor que roba quince o veinte millones al año; la gente se burlaría abiertamente de quienes pretendiesen defender sus medidas; esta ridiculez excesiva no sería siquiera comprendida. El gobierno no tiene absolutamente ningún ascendiente sobre la opinión pública. No hace falta decir que hubo excepción con Napoleón de 1796 a 1806, momento en el que se destituyó el cuerpo legislativo por haberle negado el impuesto sobre el *registro* de las actas. De 1806 a 1814, no tuvo consigo más que a los ricos y los nobles. La mujer de un rico banquero, la Sra. Big..., se negó, según se dice, a ser dama del palacio, porque se veía que el príncipe Eugenio², auténtico marqués francés, apuesto, valiente y fatuo, no tomaba más que a la nobleza, y *aristocratizaba* constantemente las medidas de su padrastró. El honrado mariscal Davout le habría convenido a este país como virrey. Tenía la prudencia italiana.

La arquitectura me parece más viva en Italia que la pintura o la escultura. Un banquero milanés será avaro durante cincuenta años, para acabar por construir una casa cuya fachada le costará cien mil francos más que si fuese un simple muro. La secreta ambición de todos los ciudadanos de Milán es construir una casa, o por lo menos renovar la fachada de la que conservan de su padre.

Conviene saber que la arquitectura fue lamentable hacia 1778, cuando Piermarini construía el teatro de la Scala, que es un modelo por las comodidades del interior, pero no desde luego por sus dos fachadas. Ahora se acercan a la simplicidad antigua. Los milaneses han encontrado cierta proporción, llena de gracia, entre las partes *llenas* y los *vanos* de la fachada de una casa. Se citan dos arquitectos: el Sr. Canonica, al que se deben varios teatros: Carcano, el más *armónico* (sonoro) de todos, el teatro Ré, etc.

Me han presentado a algunos ricos milaneses que tienen la fortuna de construir. Los he encontrado subidos a sus escalas, apasionados como un general que libra batalla. Yo mismo he subido a las escalas.

Me he encontrado albañiles llenos de inteligencia. Todos ellos juzgan la fachada adoptada por el arquitecto. Por la distribución interior, estas casas me han parecido inferiores a las de París. En Italia, se imita todavía las distribuciones de los palacios de la Edad Media construidos en Florencia hacia 1350 y adornados después por Palladio y sus alumnos (hacia 1560). La arquitectura tenía entonces por finalidad satisfacer

1. Por ejemplo la fachada de madera pintada en bronce, detrás de las columnas del Teatro Favart. (Nota añadida en 1826)

2. Eugenio de Beauharnais, hijastro de Napoleón y virrey de Italia de 1805 a 1814. (N. del T.)

necesidades sociales que ya no existen. Las alcobas de los italianos me parecerían lo único digno de conservar; son elevadas, bastante sanas y lo contrario de las nuestras.

Los cuatrocientos propietarios del *casino* de San Paolo acaban de gastarse una cantidad insensata de dinero para adornar su *palazzo*. La sala de baile, que es toda nueva y magnífica, me ha parecido más vasta que la primera sala del Museo del Louvre. Han empleado a los mejores pintores, lo que no es decir mucho, para pintar el techo. En contrapartida, hay adornos de madera y de *cartón piedra* imitando el mármol, que son del gusto más noble y de una belleza impresionante. Napoleón estableció aquí una escuela *dell'ornato* y una escuela de grabado, que cumplieron el cometido de aquel gran rey.

El carácter de la belleza en Italia consiste en la parquedad de detalles y, en consecuencia, en la grandeza de los contornos. (Suprimo aquí cuatro páginas de filosofía, poco inteligibles para quien no ame la pintura con pasión.)

Encuentro que el *casino* de San Paolo inspira respeto. Los palacios de nuestros ministros tienen el aire de un gabinete *sobredorado* o de una tienda de lo más elegante. Nada más apropiado, cuando el ministro es un Robert Walpole³ que compra votos y vende cargos. Esta fisonomía de la arquitectura de un edificio que inspira un sentimiento de conformidad con su destino se llama *estilo*. Como la mayor parte de los edificios deben inspirar respeto e incluso terror - por ejemplo una iglesia *católica*, el palacio de un rey déspota, etc.-, con frecuencia cuando se dice en Italia: "Este edificio está lleno de estilo", entiéndase: "Inspira respeto". Los pedantes, cuando hablan de estilo, quieren decir: "Esta arquitectura es clásica, imita lo griego, o al menos cierto matiz de lo griego afrancesado, como la *Ifigenia* de Racine imita la de Eurípides".

"La calle *dei Nobili*, en Milán, tiene una arquitectura preciosa", se os dice; entiéndase que es horriblemente triste y sombría. Yo no reiría en ocho días si viviese en el palacio Arconati.

Estos palacios me recuerdan siempre la Edad Media, las conspiraciones sangrientas de los Visconti (1301) y las pasiones gigantescas del siglo XIV. Pero soy el único que tiene estas ideas. Los poseedores de estos palacios suspiran por una pequeña vivienda en el bulevar de Gand, en París⁴. Aquí lo más parecido que hay a los franceses es la gente de mucho dinero. Tienen en mayor grado que nosotros la avaricia, que es una pasión muy común entre ellos, y que lucha de forma graciosa con una gran dosis de vanidad. Su único gasto son los caballos; he visto varios de tres, cuatro, cinco mil francos. Un fatuo milanés montado en su caballo forma un conjunto de lo más divertido. Olvidaba decir que todos los días, a las dos, hay *Corso*, en el que todo el mundo aparece a caballo o en coche. El *Corso* tiene lugar en Milán en el bastión, entre la *Porta Rense* y la *Porta Nova*. En la mayor parte de las ciudades de Italia es la calle principal la que sirve de *Corso*. Jamás se pierden ni el *Corso* ni el teatro.

Los nobles lombardos apenas consumen la tercera parte de sus ingresos; gastaban el doble antes de la revolución de 1796⁵. Dos o tres vieron el fuego a las órdenes de Napoleón. Sus costumbres se describen con veracidad en las pequeñas piezas en verso de Carlino Porta, en milanés.

El 28 de octubre de 1816, a las 5 de la mañana, al salir del baile. - Salgo dentro de cuatro horas para Desio, que quiero volver a ver a mis anchas. Si no escribo en este momento, no escribiré. Trato de calmarme y de no escribir una oda que me parecería ridícula dentro de tres días. La policía austriaca puede apoderarse de mis papeles, así que no escribiré nada sobre las intrigas secretas que son de notoriedad pública, y que mis amigos me han hecho notar. Me desesperaría *faltar* a esta encantadora sociedad italiana, que se digna hablar delante de mí como ante un amigo. La policía austriaca ignora todo lo que no encuentra escrito. Hay algo de moderación en esta idea.

Salgo del *casino* de San Paolo. En toda mi vida he visto reunión de mujeres tan hermosas; su belleza hace bajar los ojos. Para un francés, ésta tiene un carácter noble y sombrío que hace pensar en la felicidad de las pasiones mucho más que en los placeres pasajeros de una galantería viva y alegre. La belleza nunca es, me parece, más que una *promesa de felicidad*.

A pesar de la tristeza severa, requerida por el orgullo mortificante y gruñón de los maridos ingleses, y de la severidad de la terrible ley llamada *improper*, el género de belleza de las inglesas es mucho más acorde con el baile⁶. Una frescura sin igual y la sonrisa de la infancia animan sus bellos rasgos que nunca dan miedo, y parecen prometer de antemano que re a que se denunciase unos a otros; se citaba a los

3. Primer ministro inglés entre 1721 y 1742. (N. del T.)

4. Es el actual Boulevard des Italiens. (N. del T.)

5. La que siguió a la entrada de Bonaparte en milán, el 14 de mayo. (N. del T.)

6. Miss Bathurst, Roma 1824.

delatores como modelos de sabiduría. "Haced lo que os apetezca - se decía a un alumno -, decid a continuación *Deo gratias*, y todo está santificado." Hay aquí una calle con un encantador porche sostenido por columnas elegantes. En Módena estuvo antaño la Noche del Correggio. Augusto, elector de Sajonia y rey de Polonia, compró este cuadro de la galería de Módena por 1.200.000 francos, y fue en Dresde donde admiré la *Magdalena*, la *Noche*, el *San Jorge*, etc. Ayer me desvié de la carretera directa para visitar Correggio. Aquí fue donde nació, en 1494, el hombre que supo reflejar con colores ciertos sentimientos que ninguna poesía puede alcanzar, y que después de él Cimara y Mozart han sabido fijar en el papel. He advertido en las calles de Correggio fisonomías de mujeres que recuerdan a las madonas de aquel gran pintor.



Lleno de estas ideas tiernas, he pasado por Rubiera, cuyo castillo sirve de prisión al jesuitismo, todopoderoso en Módena. Esta asociación de ideas me quitaba cualquier placer; no he querido pasar la noche en Módena; he seguido hasta Samoggia, a donde he llegado a las cuatro de la mañana. A partir de Parma la vista de los Apeninos, a mano derecha, es muy agradable.

Los extremos se tocan: el patriotismo y el valor de Reggio junto al jesuitismo en Módena y a un gobierno...

Bolonia, 27 de diciembre de 1816. - Desde hace ocho días no estoy de humor para escribir. Sigo pensando en Milán. Me han ganado los acontecimientos, esos pequeños acontecimientos en la vida del viajero, que no son más que sensaciones, y que, a partir de la mañana siguiente, ya no sabría pintar. Mis amigos de Milán han debido de escribir cartas singulares en mi favor: se me dispensa de la mitad del noviciado impuesto por la desconfianza.

He visto galerías magníficas: Marescalchi, Tanari, Ercolani, Fava, Zambeccari, Aldrovandi, Magnani, y finalmente el museo de la ciudad. Con otra disposición, habría encontrado en ellas veinte mañanas felices; pero hay días en que el más bello cuadro no hace más que impacientarme. Diré a la vanidad del lector que anoto este accidente no por el vano placer de hablar de mí mismo, sino porque es un tipo de desgracia que uno no prevé en absoluto. ¡No poder pasar más que veinticuatro horas en una desapacible ciudad pequeña, y, durante ese tiempo, no encontrarse ni un gramo de sensibilidad para el género de belleza que os ha hecho venir! Soy muy propenso a esta desdicha.

La padecí ante la hermosa madona de pie del Guido, en el palacio Tanari. Ese día pensaba en cualquier cosa menos en la pintura. Salí de aquella galería de un humor de perros, que la hermosa copia (hermosa por la belleza del original) del *San Andrés* del Domeniquino no pudo calmar. Este fresco sublime, tan despreciado por los artistas franceses discípulos de David, está en Roma en *San Gregorio*. En Bolonia, unos soldados franceses, alojados un día en el palacio Tanari, se divertieron acribillando a golpes de bayoneta este inmenso lienzo. Un joven conde Tanari se me quejaba de ello amargamente; afortunadamente tenía en la mano el *Comentario sobre el Espíritu de las Leyes*, del Sr. de Tracy. "Pero, señor - le respondí -, si no fuera por nosotros, ¿sabríais que existe Montesquieu?"

28 de diciembre de 1816. - Bolonia está adosada a unas colinas que miran al Norte, como Bérgamo a colinas expuestas al Mediodía. Entre ellas se extiende el magnífico valle de la Lombardía, el más vasto que existe en los países civilizados. En Bolonia, una casa construida sobre la colina, con frontón y columnas, como un templo antiguo, constituye, en veinte rincones de la ciudad, un magnífico punto de vista para el placer de los ojos. Esta colina, en la que descansa el templo y que parece adelantarse por entre medio de las casas, está flanqueada por bosquetes como hubiera podido dibujarlos un pintor. Por lo demás, Bolonia ofrece un aspecto desierto y sombrío, porque tiene porche a ambos lados en todas las calles. Tendría que haber porche a un lado solamente, como en Módena. Así será París dentro de dos siglos. En general, los porches de Bolonia están lejos de ser tan elegantes como los de la calle Castiglione, pero son mucho más cómodos, y ponen perfectamente a resguardo de las mayores lluvias, tales como la que me acogió el día de mi llegada, y que se reanuda esta mañana. Fui inmediata-

mente a ver la famosa torre inclinada; la divisaba a una milla de distancia. Se llama la *Garisenda*, y, según dicen, tiene ciento cuarenta pies de altura; el extraplomo es de nueve pies. Cualquier boloñés de viaje en país extranjero se entornece con el recuerdo de esta torre.

Bolonia es una de las ciudades en que la hipocresía es más difícil. Después de que el papa reprimiese aquí las costumbres republicanas, en tiempos de la conquista, después de los Bentivoglio (1506), el espíritu público se aplicó a la tarea de ver las ridiculeces de los sacerdotes. Además, durante siglos Bolonia fue, para las ciencias, lo que es ahora París; y como a los papas no se les ocurrió la ridiculez de hacer *barones* a los sabios célebres, éstos conservaban su libertad de palabra. Los sacerdotes, en Bolonia, toleran la libertad de costumbres, sin la cual las burlas les impedirían disfrutar de ella. Lambertini, antes de ser papa⁷, fue el prelado de palabra más libre y más alegre: es lo que testimonia el presidente de Brosses, el Voltaire de los viajeros por Italia (1739).

Mi criado local me llevó, al llegar, al palacio Caprara, frente a la fachada del palacio Ranuzzi, y, por fin, a petición mía, a la iglesia de Santo Domingo, donde reposa el cuerpo del *católico* por excelencia. Una bóveda, pintada al fresco por el Guido, con encantadoras figuritas, dos pequeñas estatuas de Miguel Ángel, hechas en la juventud del más grande entre los artistas y antes de que se detuviera en el género terrible, y un cuadro de Tiarini que expresa el gozo de una madre que ve resucitar a su hijo, me han resarcido de mi expedición a Santo Domingo.

Aquí todo está lleno de la gloria y del nombre de los Carracci. Mi zapatero, esta mañana, me ha contado su historia casi tan bien como Malvasia. Me dice que Luis murió de pesar por haber cometido un error de dibujo en la cara del ángel de la *Anunciación*, fresco, en San Pedro. Voy inmediatamente a San Pedro (la catedral), con el zapatero, que se ha apresurado a llevarme. Un zapatero de París tiene una economía desahogada, compra muebles de caoba; pero ¡habladle de *La peste de Jaffa* del Sr. Gros!

La fuerza de carácter de los Carracci fue casi igual a su talento. Imaginad un joven literato, lleno de ingenio, que debuta hoy en París y se atreve a escribir en estilo llano como Voltaire, sin *palpitante por el interés del momento*, sin *las exigencias del siglo basadas en sus necesidades*, etc.; sería como una mujer que llega sin carmín a un salón en el que todas lo llevan. No sé qué sensación de *frío* y de *desgracia* alejaría de su libro. Que componga, por el contrario, en el estilo del *Genio del cristianismo*, o del Sr. Guizot, y, si tiene ideas, obtiene de golpe un gran éxito. Veis todo el alcance de la violencia que se atrevieron a hacer a su siglo Luis Carracci y sus dos primos, el inmortal Anibal y Agustín. Y eso que no tenían para vivir más que el producto de sus pinceles. En varias ocasiones estuvieron a punto de abandonar el género natural y sencillo, para lisonjear a la afectación de moda. El relato de los consejos que celebraban sobre este asunto, en medio de su gran pobreza, confiere el más vivo interés a ciertas partes de la *Felsina Pittrice*. Los Carracci⁸, como se sabe, formaron al Domeniquino, al Guido, a Lanfranc y a una multitud de buenos pintores de segunda fila, que no tendrían rivales si vivieran en nuestros días. No amaron en el mundo otra cosa que su arte, ganaron el equivalente de entre 1.500 y 2.000 francos al año toda su vida, y murieron pobres, en esto muy diferentes de sus ilustres sucesores. Pero se habla de ellos dos siglos después de su muerte, y algunos seres románticos miran a veces sus cuadros con lágrimas en los ojos.

La vanidad de los habitantes de Bolonia está orgullosa de su cementerio: es una cartuja a un cuarto de legua de la ciudad. Las tumbas darán de comer a unos cuantos pobres escultores. Hace doscientos años, creo, los boloñeses construyeron un porche que tiene seiscientas cincuenta arcadas, y por el que se puede subir a cubierto a la *Madonna di San Luca*. Los criados de Bolonia pagaron a escote y construyeron cuatro arcadas; los mendigos pagaron a escote e hicieron dos arcadas. He subido la colina siguiendo este porche, que tiene una legua, y no he dejado de resfriarme mirando los cuadros en la iglesia. Es la tercera vez que me ocurre este molesto accidente: un italiano se habría provisto de un bonete de seda negra. El carácter de las gentes del pueblo con las que me he encontrado es franco, alegre, lleno de vivacidad; al cruzarse se gastan bromas, y después se van cantando.

8. Luis Carracci, nacido en 1555, muerto en 1619. Anibal Carracci, nacido en 1560, muerto en 1609. Agustín Carracci, nacido en 1558, muerto en 1601.